

bam
bú

Verbo

Carlos Peramo



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2020, Carlos Peramo, por el texto
Autor representado por Silvia Bastos, SL Agencia Literaria
© 2020, Júlia Moscardó, por todas las ilustraciones
© 2020, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-8343-594-6
Depósito legal: B-1021-2020
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Maure sale de clase y baja corriendo las escaleras con Mark y Kim. ¡Por fin se acabó la semana! Como cada viernes, los tres se dirigen al parque de La Mila. Maure, elástico como un guepardo, se desliza por la acera llena de niños y padres y no deja de tocar todo cuanto le queda al alcance de la mano; tiene los ojos sesgados a la manera oriental, sonrisa amplísima, mejillas esponjosas y un flequillo que de tanto en tanto se aparta echando la cabeza a un lado.

Al llegar al parque dejan las mochilas junto al tronco del almez que hay detrás de los columpios y se sientan en el suelo a merendar.

–¡Quietos! –exclama Maure.

Kim y Mark se quedan con el bocadillo a medio camino de la boca. Maure se levanta con rapidez y se acerca a un bultito que aletea en el suelo.

–Un pájaro. –Se acuclilla–. Me parece que se ha caído del árbol.

Lo coge con suavidad y el pajarito temblequea en sus manos; es como un tibio soplo de aire envuelto en plumas. Mark y Kim se inclinan hacia él.

–Es una cría de jilguero –dice Mark–. Si se ha caído del nido se va a morir enseguida.

Maure mira a Kim:

–Déjame la gorra.

Maure vuelve la gorra del revés y, con sumo cuidado, acuesta al pajarillo en su interior; sujeta la visera de la gorra con los dientes y empieza a trepar por el tronco del árbol. Llega a las ramas más gruesas, levanta la mirada y busca el nido en el denso enredo de hojas.

–¡¿Lo has encontrado?! –grita Kim.

–Cállate, tío –le espeta Mark–. ¿No ves que ahora tiene la gorra en la boca y no puede hablar?

Maure se encumbra a otra rama; se halla a más de dos metros de altura. Fija de nuevo la mirada entre las hojas y, a un metro y medio por encima de su cabeza, entrevé un nudo de ramitas encastrado en el codo de una rama. Se quita la gorra de la boca y grita:

–¡Ya lo tengo!

–¡Perfectoooo! –exclama Kim, dando saltitos alrededor del árbol.

–¡Por lo menos está a cuatro metros del suelo! –informa Mark.

La siguiente rama es más delgada que su brazo y no debería seguir, pero ¡si no lo hace, el jilguero morirá! Sujetándose con las manos, adelanta un pie con cautela, luego el otro. Jamás se ha aventurado tan arriba. De repente, oye un leve crujido bajo las zapatillas de deporte. ¡Si la rama se rompe ahora...! Estira el brazo y roza el nido con la punta de los dedos; parece que hay más pajarillos dentro. Introduce la mano en la gorra, se pone de puntillas y, con último esfuerzo, deja al jilguero en el interior del nido. Oye el piar jubiloso de las otras crías.

–¡Ya está! –exclama.

Mark y Kim lanzan un grito de alegría y vuelven a sentarse en el suelo. Maure se descuelga por las ramas, salta y se sienta junto a ellos. Mientras meriendan, dice:

–¿Y si el pajarillo no se ha caído? A lo mejor solo quería irse del nido. Como mi hermana, que mañana se va a vivir a Barcelona.

–Las crías jamás se marchan del nido si son tan pequeñas –asegura Mark, mirándole a través de sus gafas de pasta.

Maure se encoge de hombros:

–A lo mejor esta sí.

–Y el novio de tu hermana, ¿cómo se llama? –pregunta Kim.

–No tiene novio.

Kim bebe un poco de agua del botellín que lleva en la mochila y añade:

–Pues me parece que para marcharte de casa tienes que tener novio o novia y casarte, y al casarte te compras un piso guay y entonces te vas a vivir con quien te has casado.

–Pues mi hermana ni tiene novio ni se ha casado. Se va a vivir con dos amigas. Y, además, no se ha comprado ningún piso. Es de alquiler, como mi casa.

Pone el dedo en el suelo y deja que una pequeña araña le corree por la mano. Terminan de merendar, se acercan al bazar chino que hay detrás de la cafetería La Mila y curiosean en el interior. Después pasan la tarde dando vueltas entre los edificios que rodean el parque.

A las siete y media se despiden en la esquina del parque infantil Les Caliués. Mark y Kim, que viven en el centro de la Garriga, giran hacia la carretera Nova, y Maure sigue caminando acera abajo. Llega a casa enseguida. Su casa es como muchas del barrio de Ca n'Illa: adosada a otra, dos plantas y jardín tra-

sero. La puerta del garaje está levantada y encuentra a su padre en el interior, moviéndose entre las cajas y las cosas de la mudanza de Celia.

–Hola, papá. Hoy he salvado a un pajarito que estaba a punto de morirse.

–¿Ah, sí? –Su padre une las piezas de una estantería con cinta adhesiva de embalaje–. ¿Y con las notas qué ha pasado? ¿Cómo es posible que hayas suspendido cinco?

Maure resopla:

–No lo sé. –Alarga la mano hacia la cinta adhesiva–. ¿Puedo ayudarte?

–No, ya termino.

Maure entra en casa, suelta la mochila y oye trastear a Celia en el piso de arriba. Sube corriendo las escaleras y, al asomarse al dormitorio de su hermana, se queda helado: el armario y la mesa ya están desmontados, hay cajas por todas partes, paquetes, bolsas de ropa...; han desaparecido los pósteres de Lady Gaga y Madonna de las paredes, también el de la película *Grease*. Le apena ver la habitación así.

–¿Vas a llevártelo todo?

–Sí –responde Celia, hojeando una libreta.

–Será raro que no vivas aquí.

Su hermana lo mira de reojo y sonrío. Maure se sienta sobre la cama, junto a un montoncito de ca-

misetas, y ve la que Celia suele dejarle a veces: una de Homer Simpson que le llega a las rodillas.

–¿Tienes ganas de marcharte?

–Sí, claro. –Celia deja la libreta y hojea otra–. Pero también me asusta un poco.

–¿Por qué?

–Bueno, porque tendré que espabilarme por mi cuenta.

–Kim dice que para marcharse de casa hay que casarse.

–¿Qué? –ríe–. Mira, explícale a Kim que para marcharse de casa o para vivir con alguien no hace falta casarse. Se puede vivir con quien se quiera, ya sea un novio, un primo, tu abuela, un compañero de trabajo o tus amigas o amigos.

«Amigos.» La palabra resuena como una campanilla en la cabeza de Maure. Corre a su habitación, coge la *tablet* y llama a Kim y a Mark a través de Hangouts:

–¡Eh, nosotros también podemos vivir juntos!

–¿De qué hablas? –pregunta Mark.

–Mi hermana vivirá con sus dos amigas, ¿no? ¡Pues nosotros somos amigos! ¡Y también somos tres!

–¡Bieeen! –grita Kim.

–¡Venid mañana por la tarde a mi casa y lo hablamos!

Durante la cena, Maure ve venir el chaparrón: el boletín de notas está sobre la mesa, junto a la ensalada de su madre.

–Tenemos que hablar, Mau –dice ella–. Cinco suspensos son muchos suspensos. ¿Se puede saber qué te pasa? Los cursos anteriores sacabas buenas notas. En cambio, este año..., ¡buf! Tres suspensos en el primer trimestre, ahora cinco..., y el tercer trimestre tampoco parece que lo hayas empezado muy bien. ¡Vamos, que ya acumulas algunas faltas por deberes no presentados! ¿No te los apuntas en la agenda?

–Sí.

–Entonces ¿por qué tienes tantas faltas?

–No lo sé.

–Porque no te interesa –interviene su padre, ayudando a Marcel a cortar la carne.

–Entendemos que no te interese y que te aburra –dice su madre–, pero ahora mismo tu obligación es estudiar. ¡Ostras, Mau, que no tienes otra cosa que hacer en todo el día!

Maure muerde el rollito de jamón dulce con queso. No le gusta haber suspendido cinco, ¡pero es que le cuesta entender lo que le explican en clase! ¡Es como si le metieran un montón de palabras raras por los oídos y se quedarán todas allí dentro dando vueltas! Y cada vez hay más y más y más... ¿Cómo va a acor-

darse de las primeras si apenas puede memorizar las últimas?

–Tienes que esforzarte más –dice su padre–. ¿Vale?

–Vale –asiente, la mirada fija en los dibujos animados del televisor.

–Dilo en serio, Mau –contesta su madre–. No lo digas por decir.

–¡Me esforzaré! –asegura. Pero ¿cómo va a lograrlo? ¿Cómo memorizará todo lo que les explica Santi en clase?

Al día siguiente, a las diez y media de la mañana, todas las cosas de Celia están cargadas en la Citroën Jumpy. Maure, de pie junto a la furgoneta, observa la carga a través del cristal trasero, ¡ya no cabría ni un soplo de aire! Su padre es un experto en carga y descarga de cajas y bultos de todo tipo porque dirige una franquicia de MRW y además trabajó muchos años de mensajero.

–¡Madre mía! –exclama Celia, a su lado–. ¡Y yo que pensaba que me llevaba cuatro cosas!

–¿No vas a tirar nada? –le pregunta Maure.

–No.

–¿Nada de nada?

–Nada de nada.



–Vale, pero si tiras algo, ¡lo que sea!, me avisas, ¿eh?

Celia sonrío y mueve la cabeza:

–Un día de estos vas a reventar la caseta del jardín.

–¡Qué va! ¡Si aún queda mucho sitio!

El verano anterior, la abuela Biscúter y él recogieron algunos palés del polígono industrial, los desmontaron y construyeron una caseta grande de madera. Desde entonces, guarda en ella las cosas que encuentra por ahí: cajas de cartón, sillas, piezas sueltas de juguetes, ladrillos, herramientas, cuerdas, retazos de ropa, listones de madera, cajas de fruta vacías... Según él, hay que estar preparado para cualquier emergencia; además, que alguien no necesite una silla vieja o un bolso o un par de ladrillos no significa que no pueda aprovecharlos otra persona. Los objetos y los muebles tienen muchas vidas, ¡es cruel tirarlos a la basura cuando solo han vivido una!

La yaya Montse llega al cabo de unos minutos para quedarse con Marcel. Al verla entrar por el garaje, Marcel corre hacia ella y se abraza con fuerza a su cintura.

–Yaya, ¿me haces tortilla de patatas para desayunar?

–¿Para desayunar? –ríe ella–. ¡Bueno, venga, ayúdame a romper los huevos!

Maure esquiva los saltos de alegría de su hermano pequeño, besa a la yaya, se pone las gafas de sol, los mitones de color negro y monta en el asiento delantero de la furgoneta, entre su padre y su madre; como han quitado los asientos traseros, Celia se va en su coche.

Toman la autovía C-17 y llegan a Barcelona en tres cuartos de hora. Al salir de la Ronda Litoral, Maure saca la cabeza por la ventanilla y observa con fascinación las siluetas de los grandes trasatlánticos atracados en el muelle, la estatua de Colón, la viveza de la avenida del Paralelo... En la plaza de España, su madre señala el centro comercial Arenas y dice:

–Allí arriba trabajaré Celia.

Maure fija la vista en el centro comercial montado sobre la plaza de toros, ¡es altísimo! Su hermana le dijo que el restaurante se llama La Tagliatella, que en italiano significa «los fideos». Una vez le preguntó a Celia si le gustaba ser camarera y ella le respondió que sí, pero que sobre todo trabajaba para pagarse los estudios de Diseño Gráfico.

El piso de Celia está en el barrio de Les Corts, en una calle estrechísima que se llama Manzanares; ¡hay un montón de edificios!, ¡cientos de puertas y ventanas y balcones por todas partes! Su hermana vivirá entre mucha gente.

Su padre, maniobrando con cuidado, estaciona la furgoneta en una esquina y abre las puertas traseras. Andrea y Anna, las amigas de Celia, salen de uno de los portales y se acercan a saludarlos. Maure las conoce de haberlas visto en algunas fotografías del móvil de su hermana. Anna es diminuta como un guisante y lleva un *piercing* en la nariz; Andrea es más alta y tiene una sonrisa luminosa. Al cabo de unos minutos llega andando Celia, que ha dejado el coche en un parking.

–¡Venga, manos a la obra! –exclama su padre, dando unas palmadas.

Descargan la furgoneta formando entre todos una cadena humana desde la calle hasta el rellano del piso; ¡suerte que es un primero y solo hay un tramo de escaleras! Maure se coloca arriba, junto a su hermana, y no pierde de vista ninguna de las cajas y objetos que van pasando por sus manos.

–Celia, ¿vas a quedarte esta lámpara?

–Sí.

–¿Y esa caja que pone «Libretas»?

–Sí.

–¿Y el taburete?

–Sí.

–¿Y los destornilladores?

–¡Sí, pesadito! –ríe, persiguiéndole por el pasillo y haciéndole cosquillas.

Terminan de descargar y se sientan todos en el comedor. Andrea y Anna han comprado latas de Coca-Cola y Fanta y bolsas de patatas. A Maure, las dos amigas de Celia le parecen muy simpáticas, sobre todo Andrea, que le ha dicho que le gustan mucho sus mitones. Seguro que Celia se lo pasará muy bien viviendo con ellas.

Bebe un sorbo de la Coca-Cola de su padre, se levanta y camina entre las cajas, los bultos y los muebles. Mete la nariz en todas las habitaciones. ¡Mark seguro que se quedaría con la de color verde! En cambio, él prefiere la que ha elegido Celia: las paredes son como la piel de un melocotón y, además, hay un grafiti espectacular en la pared que dice: *The Fame Monster*, el disco preferido de Lady Gaga de su hermana. Salta por encima de unas bolsas llenas de ropa. De momento, la cama de Celia solo es un colchón grande en el suelo.

—¿Qué, Maure, te gusta mi nueva casa?

Celia ha entrado en el dormitorio.

—Sí —responde él, tirándose en plan kamikaze sobre el colchón—. Pero ¿en qué tiendas vas a comprar?, ¿o cómo sabrás dónde está el médico si te pones enferma? Estas calles son muy raras y no las conoces. ¿Qué harás si tienes que decirnos algo y se te ha estropeado el móvil, la *tablet* y el teléfono?

–Pues me concentraré y te avisaré telepáticamente.

–Sí, como en las pelis, ¿no? –sonríe. Celia tiene muchas películas de miedo en DVD y a él le encanta verlas con ella–. ¿Dónde dormiré cuando venga a ver una?

–Pues no lo sé...

–El grafiti es muy guay. ¿Quién lo ha pintado?

–Anna. Me lo hizo por sorpresa. ¡Y, por cierto, yo también tengo una sorpresa para ti! –Le guiña un ojo–. Ahora vengo.

Sale del dormitorio y vuelve enseguida con su globo terráqueo giratorio, grande como un balón de playa y con una lucecita dentro. A Maure le gustaba entrar en la habitación de Celia cuando ella lo encendía, ¡le encantaba mirar los reflejos rojizos, azules y verdes que los continentes y los océanos arrojaban contra la pared!

–Te lo regalo –dice ella, poniéndoselo en las manos.

–¿En serio? –Abre tanto los ojos que le duelen.

–¡En serio, hermanito! –Con el dedo hace girar el globo terráqueo.

Maure observa sin parpadear el paso vertiginoso de los países.

–Kim, Mark y yo también vamos a compartir piso –dice.

–¿Ah, sí?

–Hemos quedado esta tarde para hablarlo. –Vuelve a impulsar el globo terráqueo y permanecen en silencio hasta que se detiene–. ¿Sabes que el otro día encontré un ventilador de techo en los contenedores? La abuela y yo lo desmontaremos el jueves que viene para ver cómo funciona.

–¡Déjate de ventiladores y estudia, Mau! –le recomienda Celia–. Quedan dos meses para terminar el curso. Si sigues así, tendrás que repetir quinto.

–Yo no pienso repetir.

–Pues si vuelves a suspender cinco...

Maure se encoge de hombros y sigue mirando las vueltas de los continentes y los océanos; ¿serán iguales todos los colegios en los 194 países que hay en el mundo?, ¿pondrán notas en todos? Se levanta y se dirige al comedor.

–¿Nos vamos ya? –pregunta a sus padres–. Tienen que venir Mark y Kim.

–Solo es la una y cuarto, Mau –dice su madre–. Hay tiempo de sobra.

Maure se aleja por el pasillo y se sienta en el suelo del recibidor en penumbra.